

CAPITULO II

DE JAFFA Á JERUSALEN.

DESPUES de caminar todavía buen espacio por entre los jardines de Jaffa, entramos en la llanura de Saron, tan célebre en la Biblia. Para ir á Jerusalem se la atraviesa de oeste á sureste. Se extiende desde el Carmelo hasta el Desierto, y desde el Mediterráneo hasta las montañas de la Judea y la Samaria; así es que mide poco mas ó menos veinte leguas de longitud sobre ocho de anchura. Accidentada en algunos puntos, ofrece sin embargo en lo general una planicie perfecta. Sobre las montañas que la rodean se miran las ruinas de antiguas ciudades y pueblos, que denotan la grandeza pasada y la miseria presente. Hubo un tiempo en que esta llanura estuvo muy bien poblada. Aquí fué donde Sanson quemó los sembrados de los filisteos, haciendo correr por entre ellos trescientas zorras con antorchas inflamadas amarradas á la cola.

Yo sentia no sé qué inexplicable tristeza y qué placer vago, al considerarme en medio de esta planicie, cuyo nombre habia visto tantas veces escrito, como el de una cosa lejana que jamas ha de mirarse. A mi frente se elevaban las montañas de la Judea, y á mi

derecha y mi izquierda la tierra plana se extendia inmensamente cubierta de florecillas pequeñas que hollaba mi caballo con sus piés.

Aquí y allí se levantaban mezquinos edificios de piedra en forma de torre; alojamientos abandonados de los turcos que deberian cuidar del camino. Dejamos tambien á nuestro paso algunas aldeas miserables y cúpulas aisladas en medio del campo. Estas cúpulas son monumentos fúnebres erigidos á algunos santones. Entre otras cosas curiosas hay á un lado del camino un bosque de olivos plantados por Colbert, ministro de Luis XIV, que fundó aquí una casa de campo. Napoleon I, dirigiéndose á San Juan de Acre, acampó á la sombra de estos olivos. Uno de los puntos por donde pasé, se llama *Maktaleh*, que en árabe quiere decir corta-garganta. Poco hace todavía, los ladrones detenian aquí á los pasajeros para robarlos y asesinarlos.

Elevada sobre una altura, se ve una pequeña aldea musulmana llamada Sarfand. Se cree que allí existió en la antigüedad Geth, patria del gigante Goliath. Josué no exterminó á los habitantes de este lugar. Aquí fué donde David vino á acogerse cerca de Achis huyendo de la persecucion de Saul. David, para burlar mejor el peligro, se fingió loco y así fué como pudo salvarse. Despues se refugió allí con sus seiscientos hombres y fué bien recibido por el rey, que le hizo donacion de Siceleg. Desde entonces Siceleg perteneció á los reyes de Judá.

Geth era uno de los cinco principados de la república de los filisteos. Los otros cuatro eran Accaron, Gaza, Azoth y Ascalon.

La llanura que se extiende del Mediterráneo al sureste hácia Egipto, era el país de los filisteos. Los filisteos descendian de Cam, y eran colonia egipcia, se cree, por la semejanza que tenia su culto con el de la tierra de los Faraones.

A la extremidad sur de la llanura, y en los confines de Egipto, yacen las ruinas de Gaza.

Innumerables conquistas sufrió la ciudad célebre, y despues de pasar de las manos de los filisteos á las de los hebreos, de aquí á las

de los caldeos, despues á las de los persas, fué arruinada por el conquistador Alexandro. Posteriormente, apenas reedificada, los seleucidas, lagidas y asmoneos se la disputaron, hasta que un segundo Alexandro, Alexandro Janeo, le dió el golpe de gracia que acabó con ella para siempre.

En la llanura de Sorec habitaba Dalila, mujer funesta que embargando con amor mentido el espíritu de su esposo el Juez de Israel, lo entregó indefenso en manos de sus enemigos. Sanson, sin embargo, se vengó dignamente de sus cobardes vencedores. Ciego y olvidado, entró un día en el templo en Gaza, á la sazón que se celebraban espléndidamente las fiestas de Dagon. El Hércules hebreo se abraza á las columnas del templo, hace un fuerte empuje, y las echa por tierra. El templo se derrumba con estruendo horrible, y en medio del polvo y los gemidos el juez perece, y con él inmenso gentío que estaba allí aglomerado para rendir al ídolo adoración insensata.

Los filisteos y los hebreos estuvieron en continua lucha hasta la llegada de los romanos, que vinieron á ponerlos en paz bajo el yugo comun de la servidumbre. Los filisteos eran todavía muy poderosos hasta esa época, pues de su nombre «philistini» se dió á toda la tierra el nombre de Palestina.

En esto llegué á un cementerio que está á las puertas de Ramleh, habiendo hecho poco menos de cuatro horas desde mi salida de Jaffa. Al entrar en el pueblo fuí asaltado por multitud de leprosos, que esperaban á los viajeros sentados al borde del camino. Corrieron á mi alcance, rodearon mi caballo y tocaban mis piernas con sus manos mutiladas, y me decían:

—*Bakshish, jahuaya!* Una limosna, señor. (Los egipcios pronuncian jauaga.) Y me mostraban las deformidades de sus rostros hinchados y carcomidos.

Diles algunas piastras que unos cuantos se repartieron. Los restantes siguieron asediándome tenazmente, y hube de poner mi ca-

ballo á galope para lograr desembarazarme de ellos. Por fortuna detrás de mí venían mis compañeros, sobre los cuales se abalanzaron rabiosos los mendigos.

Llegué al convento latino guiado por un muchacho de la población que hablaba italiano, y se había ofrecido espontáneamente á conducirme. Llamé á la puerta y salió á abrirme un lego italiano, comedido y cariñoso. Entramos en el patio, desmontamos, y fuimos conducidos á la sala de recepción, donde nos echamos sobre los mullidos divanes. Según la costumbre comun en Oriente, se nos sirvió incontinenti una fresca limonada, despues de la que vinieron las sabrosas tacitas de café á la turca. Estas bebidas repararon un tanto nuestras fuerzas.

Despues de un rato de reposo, visitamos el convento. Ramleh es la antigua Arimatea, patria de José Nicodemus, discípulo secreto de Jesucristo, que dió el sepulcro nuevo de su familia que tenia en Jerusalem para que fuese enterrado su Maestro. La iglesia del convento franciscano está edificada sobre el lugar donde existió la casa de Nicodemus. Napoleon I convirtió en cuartel el convento, y la iglesia en hospital durante su expedición de Siria. Cuando salieron de Ramleh las tropas francesas, los turcos entraron en el convento, lo pillaron, y degollaron á los religiosos.

Visitado el convento, nos dirigimos á la torre llamada de los Cuarenta Mártires, que se halla á distancia de diez minutos. El camino que conduce á ella pasa por el medio de un cementerio mahometano. Entre las tumbas vagaba un rebaño pastando la yerba que allí crecía. A poca distancia se ven las ruinas considerables de un antiguo edificio. Hay quien crea que son las de un Khan; pero parece que son, como otros lo dicen, los restos de un convento de Templarios, pues hay construcciones subterráneas, á las cuales yo descendí, que parecen haber formado la vasta cripta de una iglesia.

Hacia el oriente de estas ruinas se alza un edificio aislado en forma de torre; es bastante elevado y de arquitectura moruna. Comien-

CAPILLA ALFONSIÑA

za á henderse y agobiarse, á consecuencia de las injurias del tiempo y la incuria de los hombres. Esta es la torre llamada de los Cuarenta Mártires. Larga gradería, en parte destruida, conduce á su cima, desde donde se disfruta agradable vista sobre Ramleh y la gran campiña que la rodea. Desde allí se miran unos grandes estanques que han recibido el nombre de Santa Elena, aunque realmente son obra de los cruzados. En un tiempo, cuando Ramleh perteneció á los cristianos, estaba circundada por un muro con doce puertas, y tenia bazares famosos y ferias, estos estanques eran destinados á proveer de agua potable á la numerosa poblacion que allí se agrupaba; ahora recogen el agua de las lluvias, formando lodazales inmundos con la tierra que comienza á cegarlos.

Ramleh es una poblacion miserable que contiene tres mil musulmanes, cuatrocientos griegos y sesenta católicos que viven en pobres chozas diseminadas entre el follaje de las huertas; pero mirada á vuelo de pájaro presenta agradable aspecto con sus altos minaretes, sus cúpulas y su lujo de verdura. Este lugar es célebre en la historia de las Cruzadas, porque muy cerca de aquí perdieron los cristianos desastrosa batalla en que murieron héroes de gran nombradía, entre otros, los condes de Blois y de Borgoña. Balduino I se retiró solo, ocultándose detrás de las altas yerbas; pero los turcos les prendieron fuego, y Balduino, próximo á sofocarse, hubo de refugiarse en Ramleh, cuyo emir lo salvó conduciéndolo á Arsur.

La llanura de Saron me pareció mas hermosa todavía desde la altura donde me hallaba. La fertilidad ponderada de aquella tierra no la encontraban mis ojos sino en las flores que formaban tapiz de vivos resplandecientes matices. Por lo demas, esta llanura es un baldío inmenso. Abandonada, desierta, inculta, nada útil para el hombre produce. Algunos olivos y sicomoros crecen aquí y allí, en medio de marañas rastreras de cardos y yerbas secas. Bastante manifiesta sin embargo este suelo que es susceptible de producir profusa y provechosamente, cubriéndose en la primavera, sin que la mano del hom-

bre intervenga, de anémonas, alhelies, narcisos, rosas y azucenas de diversos colores; y en invierno de menudas florecillas que brotan entre la yerba, como para no dejar un punto desamparada aquella tierra de su aspecto risueño. Esta llanura en manos europeas se cubriría de sembrados, se llenaría de movimiento y de vida, y sería capaz de dar bastante trigo para que se alimentara una nacion numerosa. En manos de los turcos no es mas que tristísimo yermo donde el corazon se oprime como en un cementerio.

Declinaba la tarde, las sombras comenzaban á invadir la llanura, y me dí prisa á bajar para regresar al convento. La Torre de los Cuarenta Mártires, quieren algunos que sea monumento cristiano; pero basta mirarla para convencerse por su arquitectura, de que es musulmana. Fué edificada por el sultán de Egipto, Mohammed, hijo de Kalaun, en 1310, sobre el lugar donde se levantó una antigua iglesia dedicada á los Cuarenta Mártires. Estos cuarenta no se sabe á punto fijo quiénes fueron; pero la opinion mas comun asegura que son los muertos en Sebaste de Armenia al principio del IV siglo bajo Lucino. Como quiera que haya sido, la verdad es que la costumbre de venerar este sitio pasó de cristianos á musulmanes, y que estos ahora hacen cada año dos dias de fiesta en honor de los cuarenta mártires, asegurando que fueron moros y mahometanos.

Regresé al convento, donde me esperaba el superior para hablar conmigo. Es un viejo español muy devoto y amable, que tiene unas barbas blancas dignas de un anacoreta. Conversamos largamente sobre las cosas de Europa y de México. El superior era por supuesto, como buen sacerdote, buen carlista. Al oírle hablar sobre D. Carlos con tanto entusiasmo, tomé el partido de callar, porque pará mí D. Carlos no es mas que un aventurero vulgar. Llegada la hora de la cena, el superior me hizo compañía, y me habló con grande interes de México. Díjome que habia estado en aquel mismo convento un fraile mexicano llamado José, y que hacia solo pocos dias habia partido para Egipto. Mucho sentí no haber visto á mi compatriota, por-

que en tan lejanas tierras los de un mismo país mÍranse como hermanos. De esta conversacion saliÓ que el superior me prestara una excelente obra sobre Palestina, escrita por Monseñor Mislin, arzobispo austriaco y últimamente privado de Su Santidad.

Divertíme gran parte de la noche hojeando aquella obra erudita y curiosa, y por esta razon me dormí hasta bien entrada la noche, á pesar de la fatiga de aquel dia.

Febrero 10.

El superior español me acompañó durante el desayuno, me regaló pan y queso para el camino, y se despidió de mí con gran cariño, deseándome feliz viaje. Eran las siete de la mañana cuando salí de Ramleh. El cielo estaba puro, brillaba un sol espléndido y un viento fresco descendía de la montaña.

Caminábamos alegremente conversando y disfrutando al mismo tiempo del agradable espectáculo que nos ofrecía la llanura resplandeciente de colores, y fresca y risueña con el rocío de la mañana. Pasamos el rio de Ramleh, pequeña corriente atravesada por un puente de piedra. En estos campos era donde David tenia numerosos ganados, guardados por Setray. Nos acercábamos mas y mas á las montañas de Judá. Aquí y allí se veian algunos caseríos en las cumbres de las montañas. Allí está el Kubab, el antiguo Corbé del Talmud, situado entre los límites de Israel y de los filisteos. Allí está al oriente asido á la falda de una montaña, Beit-Nuba la antigua Nobe, ciudad sacerdotal donde nació el gran sacerdote Achimelech, que dió los panes de la proposicion á David porque no tenia otros, con la espada de Goliat. Saul irritado por esta proteccion, y creyendo descubrir en ella cierta inteligencia entre David y el gran sacerdote, hizo matar á este y ochenta sacerdotes mas, todos de Nobe; y en su sed de exterminio, concluyó por hacer perecer en la ciudad todo cuanto tenia vida.

Termina la llanura de Saron. Comienzan las montañas de Judea. Sobre una pequeña colina que atravesamos, mÍranse ruinas que parecen muy antiguas; unas cuantas chozas que hay en pié en medio de los escombros, son habitadas por algunos pobres *fellahs* (cultivadores.)

La tradicion coloca en este lugar el castillo que servia de albergue al egipcio Dimas y sus compañeros, y por esta razon se da al sitio el nombre de Latrum.

No se sabe á punto fijo cuál haya sido el nombre del buen ladron. En Occidente se le llama Dimas, como pudo habersele llamado por otro cualquier nombre mas ó menos alusivo á la idea que se tiene de su tipo. Los orientales le llaman simplemente el ladron de la derecha (*laas-al-jemin.*) Cuéntase que el buen ladron se encontró en una ocasion con el niño Jesus en un camino, á la sazón que se dedicaba al ejercicio de sus nobles tareas. Esto pasó cuando la huida á Egipto. Un ladron llamado Tito, quiso despojar á la Santa Familia y matarla; otro llamado Damaco no permitió lo uno ni lo otro. Entonces el niño Jesus predijo á esté su salvacion y su condenacion á aquel. Excusado es decir que Damaco era Dimas y Tito el mal ladron.

La cruz de San Dimas fué encontrada por Santa Elena y mandada por ella á Constantinopla. Hoy se halla en Nicosia, Chipre.

Ya sea que aquí haya ejercido sus depredaciones ó no el buen ladron, lo cierto es que otros muy malos las ejercieron desde tiempo inmemorial, hasta que Ibrahim-Pashá los exterminó á todos haciendo arrasar las paredes de la iglesia que les servian de emboscada.

Poco delante del Latrum se encuentra Emoas, la antigua Emaus, donde Júdas Macabeo derrotó á Georgias, general de Antioco rey de Persia. Vespasiano construyó allí una hermosa ciudad llamada Nicópolis, que agrandaron y embellecieron Heliogábalo y Alexandro Severo. Se conservan todavía en Emoas los restos de una iglesia, construida en los primeros siglos del cristianismo, dedicada á los siete Macabeos (no los guerreros) que sufrieron allí martirio con su madre, bajo Antioco Epifanes.

CAPILLA ALFONSIANA

Llegamos á una casa que se encuentra en medio del camino, y se llama Deir-Ayub (convento de Job.) Allí viven tres judíos que han reedificado buena parte del antiguo edificio, y tienen establecida una fonda. Descendimos mis compañeros y yo del caballo y entramos en la posada. Encontramos aquí una familia inglesa que iba también á Jerusalem. Mucho gusto nos dió ver caras europeas, y almorzamos todos juntamente, tratándonos con afabilidad y confianza.

El almuerzo no pudo ser peor: huevos duros, malas sardinas y algunas papas cocidas, con una botella de mal vino, formaron nuestro frugal alimento aquella mañana.

Poco después volvimos á montar, y proseguimos el camino todos reunidos; aunque á poco hubimos de dejar á los ingleses, porque venia entre ellos una anciana que caminaba muy despacio, sobre una mula que llevaba un *mukr* (arriero) por la brida.

Trascurrida media hora, detuvimos nuevamente, y fué en una pobre choza, formada de ramas secas, donde encontramos excelente café. Esta choza, aunque de todo punto miserable, es llamada en el poético lenguaje del país, *Bab-el-uadi* (puerta del valle). Tomado el café continuamos la marcha.

Aquí está Sarri, pequeña aldea musulmana asida á la falda de una montaña. A la espalda se mira el Mediterráneo como faja brillante de alegre azul.

Aquí está *Kariat-el-Enab* (aldea de las uvas) situada en la vertiente de una colina, donde generalmente almuerzan los viajeros. Hace mas de sesenta años este lugar ha perdido su nombre para tomar el de *Abugosh*, de un célebre bandido que habia establecido aquí el centro de sus operaciones vandálicas. *Abugosh* era el antiguo *sheikh* de esta aldea, y teniendo á su disposición ciento cincuenta mil árabes de la montaña, se mantenía en una independencia de hecho respecto de las autoridades del país. Habia establecido un impuesto que debian pagar todos los viajeros que transitaban por sus dominios, so pena de no atravesarlos ó de ser bárbaramente despo-

jados. Cuando pasó Lamartine por este sitio, traia cartas de la reina de Palmira, lady Stanhope, para este *sheikh* famoso; motivo por que fué tratado con suma cortesía y aun acompañado en sus expediciones ulteriores por árabes de *Abugosh*. Con razon, pues, cuando el bandido preguntó al poeta lo que pensaba de él, contestóle Lamartine que lo tenia por príncipe magnífico, adornado de cualidades caballerescas que hacian falta á los mejores hidalgos de Europa.

Y en efecto, hablando sin el espíritu de adulacion que es de suponerse animaba al poeta frances en aquella situacion crítica, debe confesarse que los orientales, aun los mas depravados, tienen ciertos rasgos grandiosos en su vida, que parecen derivar su origen de la humanidad de los primeros tiempos.

A pesar, sin embargo, de la buena opinion de Lamartine, respecto de aquellos salteadores, y de los rasgos que yo les atribuyo, Ibrahim-Pashá tuvo á bien barrerlos del camino de Jerusalem el año de 1830, haciendo en ellos espantosa matanza.

Kariat-el-Enab ó *Abugosh* es la antigua *Baala* ó *Kariat-Yarin* de la tribu de Judá. En la casa de Abinadab en *Gabaa* fué colocada el Arca, después que los filisteos, habiendo atraído sobre sí los castigos del cielo por haberla guardado, la devolvieron á los israelitas. Hacia veinte años que el Arca estaba allí, cuando David la trasportó á Jerusalem hácia el año 1033 A. J. C.

El profeta Uri nació en este lugar. Profetizó contra su ciudad y contra su país, y pereció á manos del rey Joaquin.

Yo pasé tranquilamente por este sitio sin que *Abugosh* ú otro ladrón de menos importancia me incomodase en lo mas mínimo.

¡Tanto hicieron cambiar así la faz de la Palestina las armas del general egipcio!

Saliendo de *Kariat-el-Enab* se percibe á la derecha altísima montaña, sobre la cual se eleva una poblacion en ruinas. Allí estuvo Modana, patria de los Macabeos. El padre de estos, Matatías, mató por su propia mano al enviado de Antioco, venido al país para hacer ido-